

COLECCIÓN DARK WINTER

Título: La Última Aurora I - Cacería

2018, Primera edición

Diseño e ilustraciones: Gonzalo de Santisteban

Autor: Elaine Vilar Madruga

Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos

©Gonzalo de Santisteban

© Elaine Vilar Madruga

©Editorial Tres Inviernos

ISBN: 978-84-948505-6-1

Depósito Legal: M-13648-2018

Impreso en España

www.editorialtresinviernos.com

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

Elaine Vilar Madruga & Gonzalo de Santisteban

La Última Aurora

I

Cacería



Descárgate gratis la banda sonora de esta novela gráfica



http://editorialtresinviernos.com/es/audios/la_ultima_aurora_1_cacerfa

Hace ya nueve años que *La Última Aurora* se escribió. ¡Por los dioses! ¡Qué rápido corre el tiempo! Fue un proceso creativo corto y agónico, dos meses en los que apenas respiré para terminar de parir lo que sería mi primera novela. Desde entonces, ella ha vivido con piernas propias. Casi gana un premio de importancia en España. Luego conoció al público lector en Canadá y más tarde en Cuba. Ahora, finalmente, le llegará a los lectores como novela gráfica, hermosamente ilustrada por quien se ha convertido en uno de los cómplices directos de este viaje: Gonzalo de Santisteban; un artista de lujo que me ha ido guiando, poco a poco, en los vericuetos textuales del arte del cómic. No puedo dejar de agradecer a Tres Inviernos por esta prueba de fuerzas tan hermosa y que he disfrutado como niña: ¡prometo repetir experiencias similares, todo aquello que sea nuevo y que me ayude a expandir mis horizontes como ser humano y ser creador!

Esta primera entrega, bajo el subtítulo *Cavería*, recoge el primer capítulo de una aventura que, con un poco de suerte, los conducirá del amor al odio, de los cuentos de hadas al mundo de la pesadilla, del miedo al estremecimiento.

En mi travesía personal como escritora me acompañan siempre un conjunto de voces, humanas y espirituales, que convierten al polvo en oro, a la soledad en aventura. Sin ellos, sin ellas, no habría camino posible para mí.

Es por eso que, humildemente, le dedico esta primera entrega de la novela gráfica a mamá y a mis dos abuelos, incondicionales los tres en su oficio de sostener la cordura de mi oficio; a cierta perrita ángel que me acompaña desde otra dimensión; a Cindy, que es motor, impulso, mano derecha y mano izquierda, y tranquilidad emocional para toda la turbulencia de estos motores creativos; a Elena y Santiago, mis padrinos, que ven por mis ojos y mis sueños; y a esos Maestros que nunca están silenciosos en mi cabeza.

Sin ustedes, muchas de las ciudadelas de la indiferencia y la soledad —esas que tanto han abundado frente a mí— nunca hubieran caído.

Sin ustedes, mi escritura no sería casa ni refugio.

Gracias por la constancia y por estar cerca incluso cuando yo ando demasiado lejos.

Elaine Vilar Madruga
Toronto, 2018

A la madre de mi madre,
aunque no sea tu estilo,
si en estos dibujos hay virtud,
es también tu mérito.
Gracias por creer en mí.

Gonzalo de Santisteban Roncero Roger Blázquez
Madrid, 2018.

Las drogas aún nadaban en su sangre, como un escualo que golpeará con infinitas colas cada una de sus venas



La olave Agh' lana abrió los ojos.



Vomitaba un residuo de saliva azul, fruto de su orgía con psicotrópicos...



...sobre las sábanas de un gris sospechoso.

Se sentía mareada

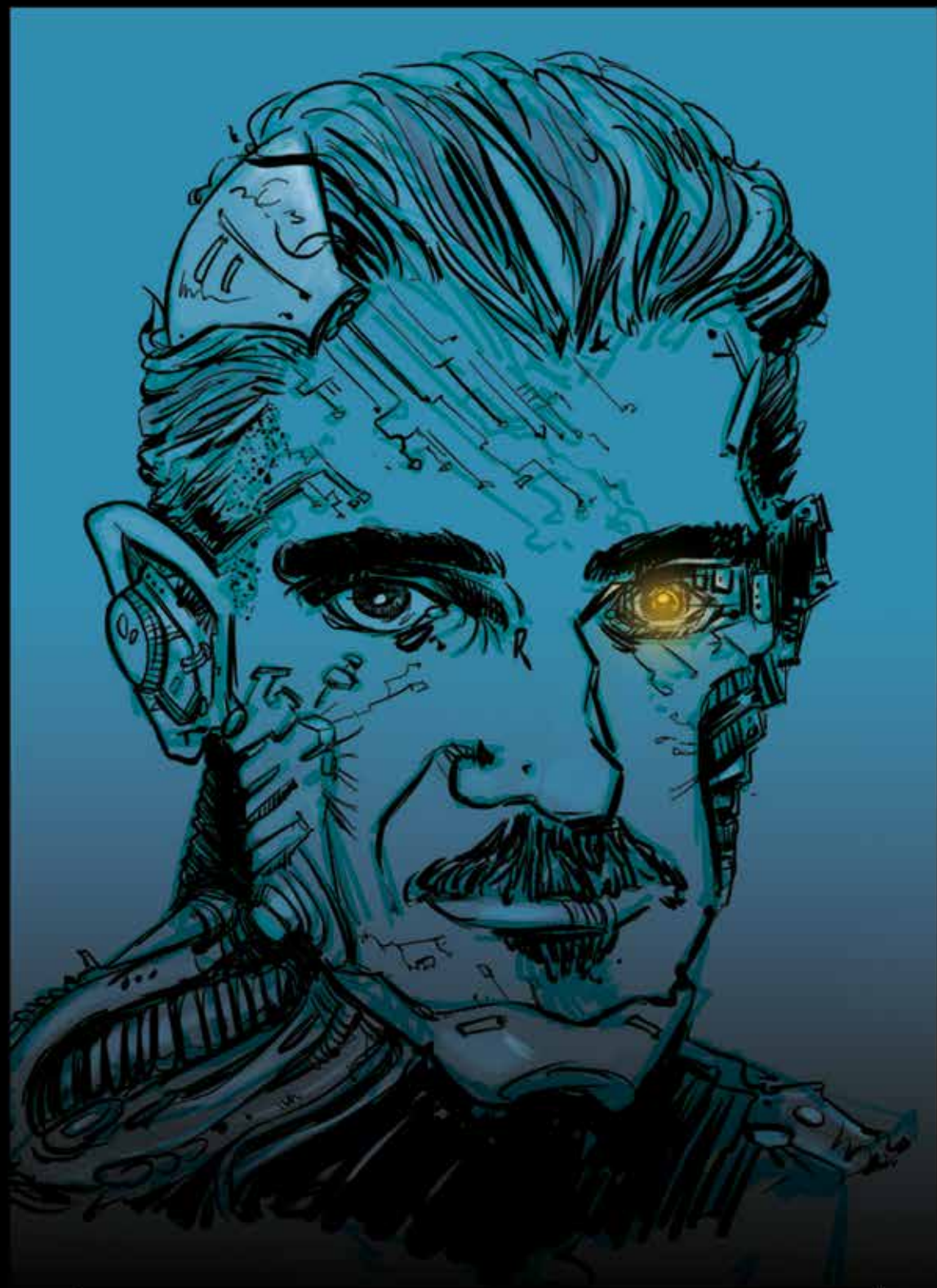


Bebe un poco de agua, Agh' lana, te sentirás mejor.



Juro por las cenizas de Andersen que no voy a volver a ese bar nunca.

Mentira, niña. Volverás, lo quiera yo o no. Mañana no te acordarás de nada.



Él era un cyborg y, además, el eterno compañero de la *olave*. Muchos en el Gremio le habían advertido a Agh' lana del peligro de vivir con un modelo Otelo 14. Los llamaban "la copia de los asesinos".



Las leyendas urbanas hablaban de violencia, asesinatos, apartamentos domos que amanecian con las paredes cubiertas de sangre.



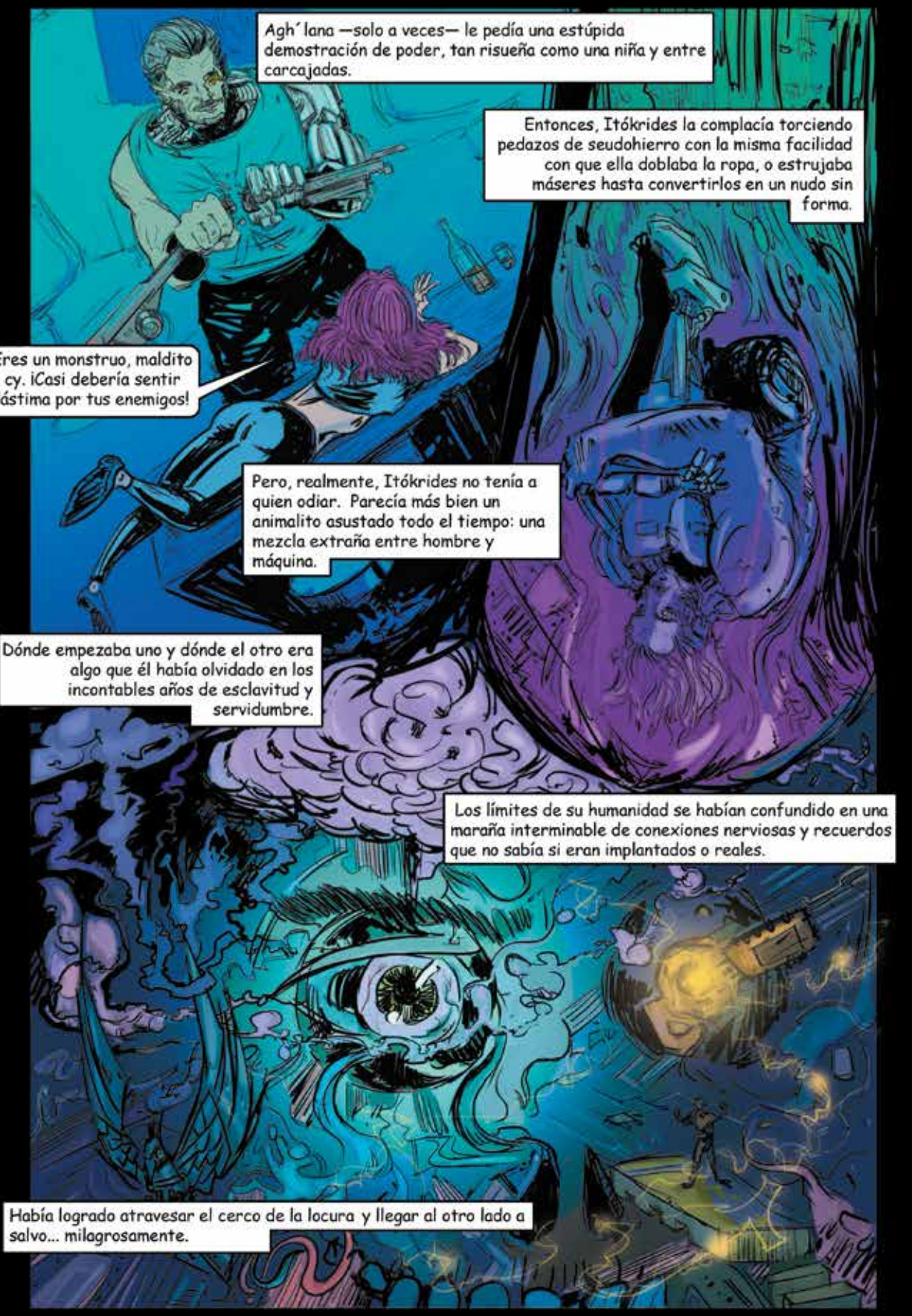
Y de personajes como Itókrides, mezcla de asesinos seriales con sociópatas de tercera categoría, culpables siempre de cada crimen que se cometía en las calles.



Pero todas aquellas historias le parecían a Agh' lana nada más que recortes de las magazines viejas que alimentaban el miedo hacia los cyborgs.

Hacia aquellos hombres que habían vendido la humanidad por el precio de una vida sin enfermedades y la promesa de una muerte tan lejana como un sueño.

Muchos de ellos fueron reducidos a la esclavitud cuando no pudieron pagar la renta de sus nuevos cuerpos.

A man with a prosthetic right arm, wearing a dark tunic and pants, is shown from the chest up. He is holding a woman with long, dark hair by her shoulders. The woman is looking away from him with a distressed expression. The background is dark and industrial, with some mechanical parts and a bottle visible. The overall tone is somber and dramatic.

Agh' lana —solo a veces— le pedía una estúpida demostración de poder, tan risueña como una niña y entre carcajadas.

Entonces, Itókrides la complacía torciendo pedazos de pseudohierro con la misma facilidad con que ella doblaba la ropa, o estrujaba máseres hasta convertirlos en un nudo sin forma.

Eres un monstruo, maldito cy. ¡Casi debería sentir lástima por tus enemigos!

Pero, realmente, Itókrides no tenía a quien odiar. Parecía más bien un animalito asustado todo el tiempo: una mezcla extraña entre hombre y máquina.

Dónde empezaba uno y dónde el otro era algo que él había olvidado en los incontables años de esclavitud y servidumbre.

Los límites de su humanidad se habían confundido en una maraña interminable de conexiones nerviosas y recuerdos que no sabía si eran implantados o reales.

Había logrado atravesar el cerco de la locura y llegar al otro lado a salvo... milagrosamente.

Sin embargo, no se quejaba de su destino,

Muchos cyborgs no habían logrado jamás alcanzar la libertad ni poseer un certificado que los convirtiera en criaturas independientes del Imperio.

Él sí

Y todo gracias a Agh' lana

Se había convertido en su protectora desde el mismo instante en que lo encontró...

...vagando entre los basureros de Barrio Mugre con la locura escondida entre los ojos.

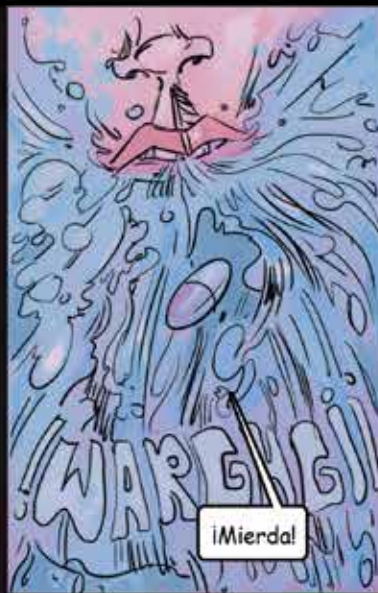
Ella le curó y le enseñó a vivir en las calles.

Por eso, y desde aquel momento, los únicos enemigos de Itókrides eran los de Agh' lana. El que la tocara, la hiriera o la persiguiese estaba condenado a morir.

Mejor afuera que adentro.



Adiós a la resaca.



¡Mierda!

¡No voy a volver a ese maldito bar nunca! Lo juro por las cenizas de Andersen!



Mentiras, niña



Mañana, cuando te sientas un poco mejor, volverás a comerte el "Danubio Azul" como si nada hubiera pasado.

Y probablemente ni lo recuerdes, ¿sabes?, con tanta porquería que tienes adentro es difícil recordar hasta el propio nombre. Ni aunque juraras por tu mismísima madre te creería...



Volverás, lo quiera yo o no. Y que conste: no quiero.



¡Te juro que nunca más, Itókrides! Esta fue la última vez.



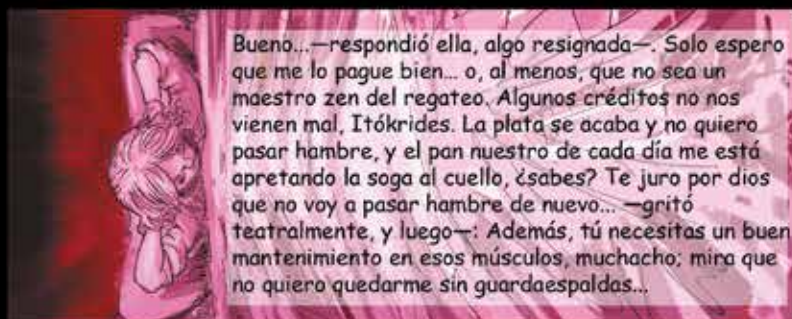
Esta tarde te han llamado. Nuevo trabajo.





¿Magazines?

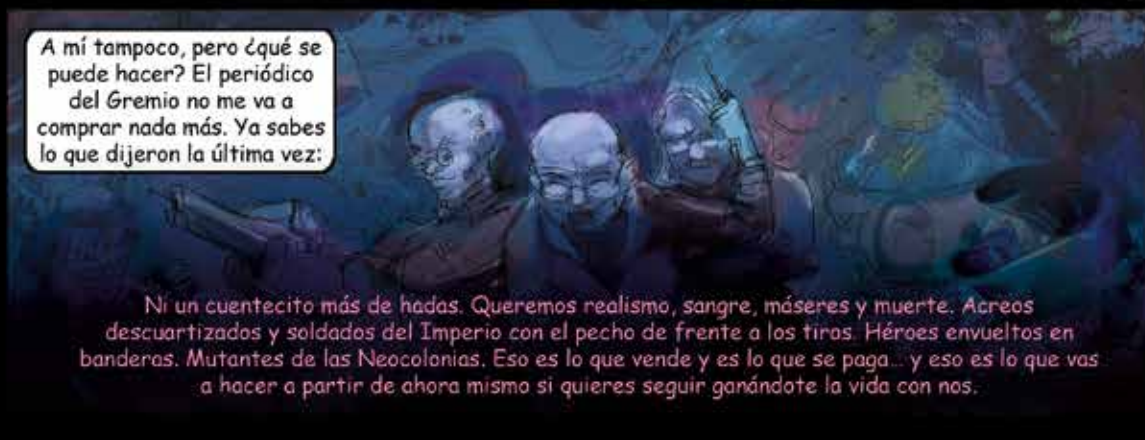
Mejor. Servicios particulares. Hay un cutli de CaminoArriba que quiere comprar los derechos de tu último cuento...



Bueno...—respondió ella, algo resignada—. Solo espero que me lo pague bien... o, al menos, que no sea un maestro zen del regateo. Algunos créditos no nos vienen mal, Itókrides. La plata se acaba y no quiero pasar hambre, y el pan nuestro de cada día me está apretando la soga al cuello, ¿sabes? Te juro por dios que no voy a pasar hambre de nuevo... —gritó teatralmente, y luego—: Además, tú necesitas un buen mantenimiento en esos músculos, muchacho; mira que no quiero quedarme sin guardaespaldas...



No me gusta que ninguno de esos cutli venga a comprar tus cuentos.



A mí tampoco, pero ¿qué se puede hacer? El periódico del Gremio no me va a comprar nada más. Ya sabes lo que dijeron la última vez:

Ni un cuentecito más de hadas. Queremos realismo, sangre, máseres y muerte. Acreos descuartizados y soldados del Imperio con el pecho de frente a los tiros. Héroe envueltos en banderas. Mutantes de las Neocolonias. Eso es lo que vende y es lo que se paga... y eso es lo que vas a hacer a partir de ahora mismo si quieres seguir ganándote la vida con nos.



Pues que se traguen su limosna.

Pues yo sí, no quiero prostituir mi arte... al menos, no tanto.

No sé... No sé...



Sin embargo, sabía que para sobrevivir en la ciudad de Calleare era necesario hacer unas cuantas concesiones en cuestiones de ética profesional. Limpiarse con todo eso de la moral de los Gremios y lo indigno de los servicios particulares de los *olaves*. "El que quiera un bardo, que lo pague", era el lema del Gremio, aunque siempre era mejor visto si los megacréditos venían de una magazine virtual o un periódico que alababa la calidad del Gremio de los Narradores a través de sus páginas de crítica de arte.



El silencio y la oscuridad de los servicios particulares parecían una nueva clase de prostitución literaria, siempre a la sombra de las calles y los barrios de los *cutli*. Pero —como quiera que fuese— la plata es siempre plata, venga de donde venga. Por eso Agh' lana no se quejaba: ya había olvidado los años de hambruna junto a los basureros radioactivos plagados de ratas. Tenía su seguridad garantizada a medias y sus cuentos se vendían en el momento apropiado: nunca después de lo necesario y siempre antes de que Itókrides tuviera que salir a las calles con un máser a... a... Agh' lana prefería no saber a qué. Era mejor: así tenía sueños tranquilos.



Por supuesto, su arte no era el que mejor se vendía. Otros olaves del Gremio se ganaban la vida con más facilidad: un poema hoy, un cuento mañana, el guion para un juego televirtual que las magazines intergalácticas que se libraban contra los acreos más allá del círculo de asteroides. Todo muy cargado de amor patriótico y cubierto de consignas con aquello de "Muerdo por la Tierra. ¡Abajo los acreos!". El mundo entero vivía sometido bajo esa propaganda. O por lo menos, la parte del mundo que realmente importaba, la que no se encontraba en Mugre ni en Calleare. Agh' lana, por supuesto, no pertenecía al grupo de elegidos que formaba parte de las estadísticas anuales del planeta: tanta mortalidad, tanta enfermedad, tantos nacidos vivos.